

## INAUGURACION AÑO ACADEMICO 1999

### I- INTRODUCCION

El año pasado abordé este mismo tema en la inauguración del año académico de la Universidad Católica del Norte. Creo que vale la pena volver a tocarlo, y reiterar la importancia que tiene para Chile la existencia de universidades católicas y singularmente el derecho que las asiste al apoyo de la sociedad y del estado.

Es por eso que hoy día quiero referirme al sentido de una Universidad Católica.

Para hacerlo, tengo que partir hablando de la universidad en general, y con ese fin haré uso de una caracterización reciente que me parece muy adecuada. En la Constitución Apostólica ***Ex Corde Ecclesiae***, el Papa Juan Pablo II escribe que la Universidad -cualquier universidad- es una ***“comunidad académica que, de modo riguroso y crítico, contribuye al desarrollo y a la tutela de la dignidad humana y de la herencia cultural, mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales.”***

Desarrollemos un poco estos conceptos.

Comunidad académica es la que se dedica al cultivo y la enseñanza del saber, no tanto por razón de las aplicaciones prácticas inmediatas de éste, sino más bien por el valor que espontáneamente se le atribuye. En la descripción de la Constitución Apostólica que acabo de citar, se mencionan tres rasgos propios de la comunidad académica universitaria, a saber, un estilo o modo de acción, que es denominado ***“riguroso y crítico”***; unos medios que son ***la enseñanza, la investigación y los servicios***, y un objetivo que es ***la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural.***

## II.- DIGNIDAD, VERDAD, EDUCACION

Dos palabras sobre el objetivo.

La dignidad humana está íntimamente ligada a la capacidad del hombre de conocer no sólo lo que son las cosas, sino que las cosas son. Es esta capacidad la que marca al hombre como único entre todos los entes. No estamos sumergidos en la realidad como en un ambiente, sino colocados ante ella como en un mundo. Respecto de todas las cosas imaginables o pensables el hombre vive en la posibilidad de una relación especial, marcada al mismo tiempo por la proximidad y la distancia; participa de todas ellas y les es ajeno. Tomás de Aquino decía que el “alma humana es **en cierto modo** todas las cosas”. La grandeza del hombre no cede pues en nada a la del universo.

Así conformado, el hombre – todos nosotros - vive bajo un impulso insaciable de conocer, de saber. **“Todos los hombres desean por naturaleza saber”**, decía Aristóteles en la aurora del pensamiento sistemático de Occidente. Esta afirmación fundamental. es glosada en **Fides et ratio** cuando dice: (n 24) **“El hombre...no sólo sabe, sino que sabe que sabe, y por eso se interesa por la verdad real de lo que se le presenta. Nadie puede permanecer indiferente a la verdad real de su saber**  
“

La dedicación fundamental de la universidad al conocimiento, y por lo tanto a la verdad, está entonces en la línea de lo que le da al ser humano un valor preeminente entre todos los entes. La universidad sería una cosa baladí, serían cosas fútiles tanto la investigación como la transmisión del saber, si no se pudiera hacer afirmaciones verdaderas, o sea, afirmaciones que corresponden al ser de las cosas conocidas.

A nuestra época la llaman la de la “civilización del conocimiento”. No se puede negar la parte de verdad que hay en ese apelativo. Pero a la vista de lo que ha sido el siglo XX, se le produce a uno cierta desazón al usarlo. Saber cómo se hacen infinidad de cosas, no es lo mismo que saber cómo actuar con ellas. Lo notable que ha ocurrido en nuestro siglo, es que el conocimiento racional ha buscado amputarse a sí mismo, expulsando de su ámbito a todo lo que excede la racionalidad científica. Hay como una enfermedad del espíritu contemporáneo, el que se queda en infinidad de verdades inconexas, separadas entre sí, justificadas sólo por el común método científico que se usó para alcanzarlas, pero incapaces de aclarar el camino del hombre. Verdades de este género pueden ser muy valiosas e importantes, y son ciertamente objeto propio para el trabajo universitario, pero no fue **por causa de ellas** que nació la universidad en Occidente. No fue por causa de ellas que nació un día la Academia. Estas creaciones obedecieron más bien al convencimiento de que la razón es capaz de alcanzar una verdad que le dé sentido a la existencia humana.

Esto equivale a decir que las universidades han sido siempre instituciones de enseñanza y formación.

Cuando en la Edad Media se acuñó la denominación, **universitas scholarium et magistrorum**, “corporación de maestros y escolares”, se estaba haciendo algo más que una simple descripción: se le estaba fijando un contenido y un estilo a una actividad social, a una convivencia de individuos pertenecientes a generaciones distintas, libremente asociados en torno al perfeccionamiento compartido en el saber. Y es inevitable entonces que frente a la ciencia-industria, o a la ciencia concebida como arma político-social, o como instrumento de un desarrollo determinista, se vuelva a hacer la pregunta sobre la forma y el modo cómo la ciencia puede ser elemento decisivo en la humanización del hombre, que viene a ser la pregunta de cómo puede la universidad contemporánea servir a la causa de la dignidad humana.

La cuestión no es nueva. Es por el contrario la misma inquietud que expresaba casi doscientos años atrás el teórico de la universidad alemana, Guillermo de Humboldt al referirse a: **“la queja común y no injustificada de que el saber sería inútil y la elaboración del espíritu sería estéril, ya que en verdad es mucho lo que se realiza, pero poco lo que en nosotros se mejora”** Si el conocimiento busca la verdad, hay que preguntarse cuál es la verdad a la que siempre tiende en su impulso por mejorar al hombre.

Creo que debo repetir aquí lo que dije en otra parte: “Por favor no crean que estoy hablando de cosas esotéricas, sin aplicación en la vida diaria. Cada clase bien hecha, bien preparada, realizada en interacción con los alumnos es un ejercicio de búsqueda de la verdad”. Con igual razón agregaría a las investigaciones más avanzadas en las que se juntan talentos de alumnos y docentes; así como también los trabajos de tipo tecnológico y los estudios de perfeccionamiento curricular o de extensión. En todas estas actividades se exige “seriedad en el estudio, humildad, en el fondo veracidad, de profesores y estudiantes, cierta abnegación por amor a la verdad. Amar a la verdad no es una frase hecha. Ama el que prefiere. Amar la verdad es preferirla.”

Pero este “preferirla” es como un mandato grávido de consecuencias.

En el n 4 de ***Ex Corde Ecclesiae***, dice el Papa que “nuestra época tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre” Y por lo mismo, “es un honor y una responsabilidad de la Universidad católica consagrarse sin reservas a la causa de la verdad. Esta es su manera de servir al mismo tiempo a la dignidad del hombre y a la causa de la Iglesia”.

Cuando uno habla del **sentido de la verdad** se está refiriendo a la dirección u orientación que se ha de tomar para buscarla y encontrarla. La verdad - cualquiera que ella sea - está en la línea del más alto y decisivo compromiso moral. En el fondo, se busca la verdad porque se anhela lo mayor que puede aspirar a obtener el hombre por sí solo, que es su apertura hacia Dios. Es en último término por eso que el conocimiento y su objeto, la verdad, se hallan radicalmente ligados a la dignidad humana. La suma dignidad de la razón humana no puede separarse de su disposición y su tendencia a encontrar al Creador. Y es por eso que la universidad, en la medida en que es fiel custodio de la integridad de la razón, sirve a la **tutela y desarrollo de la dignidad humana**.

Aquí corresponde hacerse cargo, aunque sea al pasar, de una duda muchas veces escuchada, de si no existe alguna forma de contradicción entre la adhesión a la verdad y el pluralismo.

Se nos suele decir que una universidad es de suyo una institución pluralista, que debe asumir todas las ideas, incluso las más discordantes, y que este rasgo presuntamente esencial de la universidad no se concilia con el carácter confesional de una universidad católica.

Pero por otra parte para que se pueda hablar de cultura y educación con un significado que sea distinto al del amaestramiento o la domesticación, tiene que darse la propuesta y la transmisión de un sentido, sobre el cual se afirme el hacer humano y se afirme por ende el trabajo humano para conocer.

La educación católica propone un sentido que está en la línea del pleno desarrollo de la persona humana.

Sobre la base de la persona, se entiende un auténtico pluralismo que busca entender el punto de vista ajeno, que procura no tener fe ciega en los puntos

de vista propios, que se esfuerza siempre en distinguir entre la equivocación y el equivocado. A comienzos del Concilio Vaticano II, alguien le preguntó al cardenal Beas si el pensaba que el error tuviera derechos. A lo que el cardenal contestó que no, que el error no tiene derechos... para agregar de inmediato: "...tampoco los tiene la verdad..." "Los derechos los tienen las personas, estén ellas en el error o en la verdad".

Un pluralismo personalista así esbozado tiene poco que ver con el pluralismo ideologizado que se insinúa a diario, según el cual todas las opiniones valen lo mismo, en cuya perspectiva se habla de "mi verdad" y "tu verdad", en el fondo porque no hay nada que nos acerque a la verdad, y lo mejor que podemos esperar es que un intercambio sostenido de opiniones, una conversación ininterrumpida, nos mantenga acoplados, coordinados para convivir, un pluralismo que reemplaza el interés por la verdad por el interés por el consenso, y que al final, a través de la coordinación y del acoplamiento de nuestros actos sociales, lo que busca es manipular a la sociedad: pluralismo instrumental, que es agente del poder.

En la misma línea se suele afirmar que el garante natural del pluralismo en la sociedad moderna es el Estado democrático, y que es a él a quien corresponde promover y mantener instituciones docentes que tengan ese mismo sello.

Yo por mi parte, creo que es contrario al pluralismo en una sociedad como la nuestra acallar la voz educadora de la comunidad católica, y creo además que aunque no sea imposible que el Estado mantenga en Chile universidades que sean dignas de ese nombre, el caso será siempre relativamente excepcional, y que en todo caso el pluralismo es tan difícil de alcanzar en ellas como en una universidad confesional. Y por fin, creo que si el Estado ha de ser el garante del bien común, él tiene que preocuparse de aquellas instituciones de enseñanza que han nacido, no de decisión administrativa sino de la base social como es el caso de las universidades católicas que se han generado en el país.

### III.- CIENCIA, UNIVERSIDAD Y EDUCACION

Vuelvo a la línea central de exposición.

Si el servicio a la dignidad humana es el objetivo, el agente (dice la Constitución Apostólica), es una **comunidad académica que opera de modo riguroso y crítico**, o sea dentro de las perspectivas de la ciencia. Para interpretar esa afirmación tenemos que preguntarnos cuál es hoy la significación humana y social de la ciencia, y qué se puede esperar para ella en un futuro de mediano plazo. La razón para ocuparse de este punto es que las universidades a lo largo de su historia, han ido tomando su estilo de organización y de acción a partir del modo como se entendía en la sociedad de su tiempo el hecho de hacer ciencia, y no se puede entender el significado social de la universidad en un momento histórico determinado si uno no se halla compenetrado del concepto de ciencia que al mismo tiempo prevalece. Los currículos, cuestiones, lecciones y disputas de la universidad medieval, corresponden a la invasión de la dialéctica en todas las ramas importantes del saber. El catedrático solitario e independiente y la enseñanza libre nutrida de su propia investigación son la expresión del idealismo y el romanticismo en la universidad alemana del siglo XIX. El auge de la ciencia positiva y la fragmentación sistemática del saber encuentran su expresión en gran parte de la universidad norteamericana de la segunda mitad del siglo XIX. La actual ciencia-tecnología y su vinculación con el poder se manifiestan en la ligazón cada vez más estrecha entre la actividad universitaria, el poder político y el poder económico, de donde se origina una versión contemporánea del “**scire est posse ...**” saber es poder” que en el siglo XVI proponía Francis Bacon . En cada caso la universidad ha adaptado, modificándolo, su estilo de educación, investigación y entrenamiento.

Así pues, las universidades católicas desenvuelven su vida en un entorno constituido de un lado por la ciencia moderna, y del otro por los cambios en la sociedad contemporánea.

Mirando en esa perspectiva, ¿Qué ha pasado en nuestro siglo con las ciencias ?

Interesa aquí el impacto que su desarrollo ha tenido sobre la autoconciencia del hombre, así como los supuestos principales sobre los que descansa la actividad científica en esta época de su historia. Me detengo sobre este punto para hacer percibir el aporte fundamental que puede hacer la universidad católica en el mundo del saber, de la ciencia y de la educación.

No hay duda de que se ha producido una crisis del positivismo y el racionalismo radicales que todavía al término del siglo XIX parecían haberse impuesto sin contrapeso. Nadie podría hoy creer que se pueda llegar a una explicación racional de toda la realidad al estilo de la que pensó la Ilustración, para la cual ***“...toda actividad destinada a ensanchar los horizontes del saber humano debía basarse en el método científico, en la observación, en la experimentación...”***

Esa concepción tenía como supuesto el que pudiera darse un abordaje enteramente objetivo de la realidad. Esto significaba la existencia de un sujeto que conoce, colocado frente a una realidad que es conocida, y que ambos son recíprocamente independientes. Pero empezando por la Física, siguiendo por la Biología, la Fisiología del Conocimiento y las Ciencias Cognitivas, aquella idea de objetividad se ha ido haciendo insostenible.

Simplificando mucho se podría decir que las universidades del pasado inmediato se han ocupado de dos clases de ciencias, las ciencias de la naturaleza, y las ciencias del hombre. En las primeras se impone como método la comprobación por el experimento o la observación de la hipótesis explicativa de un modelo. En las segundas se aplica casi universalmente la interpretación o hermenéutica, proyección de la existencia humana sobre la realidad. Las primeras tienden a considerar a toda la naturaleza como conjuntos de instrumentos dispuestos para su apropiación y uso por



parte de los hombres. Las segundas tienden a hacer de toda la realidad humana un tejido de interpretaciones. Las primeras se expresan en la tecnología por el dominio sobre la realidad. Las segundas permiten interpretaciones rigurosas, pero parciales, y aun fragmentarias de la existencia humana

Ni el instrumento ni la interpretación son cosas separables de la existencia del que conoce. Esto no ofrece ningún inconveniente si se lo reconoce de modo oportuno y se lo maneja con medida. Llevados en cambio al extremo, estos caminos de la ciencia son mirados hoy como desarrollos de una conciencia humana libre y autónoma que no reconoce ni siquiera en principio, ninguna sujeción, y que se proyecta para configurar una realidad allí donde no hay orden alguno preestablecido. En el camino se ha ido poniendo entre paréntesis la misma realidad de las cosas y la posibilidad de adquirir conocimientos válidos sobre ella, como era la pretensión de la filosofía. Hasta la realidad del hombre se hace dudosa y las obligaciones morales que él necesita para vivir se hacen inciertas.

Pero uno podría decir tal vez que el ser humano es espontáneamente filosófico, porque necesita naturalmente conocer la realidad. Y entonces, como reacción natural, a partir de las ciencias o a partir de intensas experiencias sociales, se generan verdaderos sustitutos de la filosofía.

Y así, desde dentro de las mismas ciencias surgen posturas nuevas que buscan ofrecerle a la humanidad ideas fuerza que respondan a la nostalgia de su unidad perdida y convoquen a los hombres a una tarea común. Las ciencias naturales por ejemplo, han engendrado un movimiento ecológico, que reformula en términos modernos la unidad entre el hombre y la naturaleza, el valor supremo de toda la naturaleza, trasponiendo a expresiones científicas actuales la intuición de pensadores y poetas como Goethe y Alejandro de Humboldt.

En el mundo de las ciencias sociales emergen doctrinas que buscan justificar la validez y obligatoriedad de mínimos consensos que pongan de alguna manera a

salvo a la humanidad frente al impulso feroz de destrucción como aquellos de los que ha tenido en este siglo trágica experiencia.

Pero al mismo tiempo, entre vastos sectores del mundo universitario y de toda la juventud, viene – tal vez como rechazo a un mundo hecho de técnicas, de reglamentos y de acuerdos – una sed insaciable de experiencia, de vivir individual o colectivamente sensaciones nuevas, un ansia de pertenencia, un anhelo de sexo, una nostalgia de trascendencia, y aún más allá de eso, de sentimiento religioso. Nada de lo que las ciencias convencionales ofrecen, puede satisfacer ese anhelo que es el de tocar la viviente raíz de todo lo que existe. Cuando hoy día las ciudadelas de la ciencia son invadidas por formas de espiritualidad como el New Age, se está escuchando la música fúnebre del racionalismo, y se está proclamando en cambio la vigencia actualísima de lo que es la básica tentación de los hombres, que es la de ser como dioses.

Todas estas posturas extremas parten de una raíz común que es la afirmación categórica de la autosuficiencia del hombre. Eso es lo que se ve en el señorío absoluto reivindicado a veces desde la ciencia-tecnología, en el despótico orgullo conquistador del liberalismo, en la inhumana fraternidad del socialismo, en la reivindicación que se hace para el YO trascendental del hombre del sitio de Dios, tal como se advierte en muchos movimientos espiritualistas.

Cierto que al lado de tales pretensiones camina una duda mortal porque ellas no pueden ocultar la trágica fragilidad del destino colectivo del hombre. Hablando en nuestra propia universidad, uno de los exponentes más preclaros del pensamiento contemporáneo sobre las ciencias, Edgar Morin, comparaba a la Humanidad con un grupo de naufragos que van a la deriva en una balsa, donde dependen unos de otros para sobrevivir, y que en último término sólo saben con certeza dos cosas, y es que están solos y que están perdidos.

Esa visión desoladora del destino colectivo del hombre, que invade hasta a las tiras cómicas infantiles con imágenes espantables del fin del planeta o aún de la galaxia, no es cosa que se desprenda o deduzca de la ciencia, sino que tiene su raíz en una toma de posición que es anterior a toda ciencia, y que encontró su más conocido expositor en Nietzsche, y es que el hombre no tiene sentido, porque “**Dios ha muerto, lo matamos nosotros**”. Es la postura fundamental del nihilismo, que se traduce a múltiples lenguajes: al de la tecnociencia, diciendo que nada tiene consistencia sino como instrumento para ser usado para algo, al de una hermenéutica radical para la cual el hombre y la humanidad no son más que los relatos que sobre ellos se entretajan al de la experiencia trascendental que sustituye a la realidad por el acto de tocarla, a Dios por el sentimiento religioso.

Pero por muy fuertes que sean estas posturas en los ambientes universitarios del mundo entero, ellas no deben inducirnos a engaño. No hay ningún derecho a presentarlas como resultados inevitables del progreso científico. El hombre **sin sentido**, y sus creaciones sociales e intelectuales no son el fruto de una rigurosa elaboración intelectual sino el resultado de un extravío inicial sobre la condición humana.

Los hombres arrojados a la existencia, cada cual a la suya propia, formamos nuestras preconcepciones científicas y filosóficas del mundo dentro de una actitud básica, que es mucho más práctica que especulativa, donde el análisis se equilibra con los sentimientos, y los proyectos con las tradiciones. Siempre que se aborda la realidad para conocerla o explicarla se está partiendo desde una postura dada, desde una situación que no tiene nada de neutro, aunque normalmente ella sea difícil de comprender y articular, y aunque se tenga muchas veces conciencia de que ella hunde sus raíces en profundidades del alma que son difíciles de rastrear con precisión. El ser humano vive una decisión fundamental y se hace una propuesta de vida en un interior recóndito que es anterior a toda la ciencia, y que refleja más bien su manera de arreglárselas con su propia vida. Es allí donde muchos hombres han decidido que son amos incontestables de todo lo que abarcan, que son libres y

autónomos cualquiera que sea la desgracia que esto pueda depararles. Es el hombre que evocó Milton en versos de incomparable y trágica belleza, el hombre transmutado en el Ángel Caído que al despertar entre los horrores del infierno, proclama su soberana independencia diciendo: “¿Qué importa en dónde si yo soy siempre el mismo?” ***What matter where if I be still the same?***

La propuesta cristiana es muy diferente. Ella dice que la razón – hecha de racionalidad y sentimientos – cuando es dejada en verdadera libertad, descubre la posición fundamental de que ***el hombre es creatura***

Como tal, él ha recibido su propio ser cuando no podía pensarlo ni quererlo. Su ambiente fundamental no es el de las obligaciones abstractas ni del mundo construido por el entendimiento, sino el de la gratuidad, el del encuentro, la tradición, la obediencia, la prioridad de la realidad sobre el relato. El hombre vive en una relación particular con su Creador, porque este es bondadoso y lo quiere bien. El mundo también es creatura, y es favorable al hombre, todos los hombres son una sola familia y la disposición espontánea ha de ser la de recíproca acogida.. Es desde esta actitud básica desde donde se puede llegar a conocer – aunque sea oscuramente – “***lo invisible de Dios y su poder***”, para usar la palabra de San Pablo, y es ella la que tiñe o colorea toda la aproximación a la realidad. Ella orienta cómo se haya de pensar de lo que es una persona, lo que es un objeto natural, una cosa, una planta, un animal, el mundo, el ambiente. Es esta posición - no la que mira al hombre como desprovisto de sentido – la que puede ser justificada, precisada, profundizada por el ejercicio metódico de la razón humana.

Desde esta postura las ciencias naturales ya no pueden ser miradas simplemente como un instrumento de poder para disfrutar de las cosas, sino que son un modo de participar de la creación, de su belleza e inteligibilidad, de tomar conciencia de su realidad, (su profundamente venerable realidad de creatura),

mientras que las ciencias del espíritu no se agotan en relatos coherentes o atractivos, sino que explican y desarrollan en su inagotable riqueza la naturaleza misma de la creatura humana.

Una actitud básica como esta, que parte de la realidad del Creador, es constitutivamente participativa, no se la concibe como propiedad de un hombre solo o de un individuo rodeado de hombres-instrumentos: ella ofrece una base sobre la cual se pueda construir el mundo que nos es común. Permite impulsar el desarrollo de la ciencia y de la técnica en formas que no sean irreductiblemente individualistas ni desconsideradamente destructoras, sino que se ofrezcan como producto de la familia humana y dispuestas para armónica interacción con ella..

A partir de esa disposición, por oscura y no tematizada que ella sea, a partir de esta disposición que es idéntica en el más ignorante de los hombres y en el más refinado de los sabios, puede florecer un verdadero filosofar, que se concibe a sí mismo como apertura al ser de las cosas. El conocimiento al que así se aspira es una forma de participación en el ser, su búsqueda es la de la realidad, del fundamento, más que de los fenómenos. Tomás de Aquino lo ponía con simplicidad: ***“El estudio de la filosofía no tiene por objeto el de saber lo que han pensado los hombres, sino el saber cuál es la verdad de las cosas”...***(***“Studium philosophiae non est ad hoc quod sciatur quid homines senserint sed qualiter se habeat veritas rerum”...******De caelo et mundo, 1.22, n°228***) En su progreso, esa sabiduría pura y simplemente humana es sustentada y orientada por la Revelación cristiana, y ella a su vez permite entender y explicar a la Revelación.

La universidad católica no puede nunca renunciar a darles a sus miembros la oportunidad efectiva de un conocimiento racional, riguroso y profundo de la revelación del Creador y de la condición de la criatura. Ese aporte suyo al mundo de los científicos, los profesionales y los intelectuales es insustituible y constituye su razón de ser. Eso no significa sólo la dictación de cursos de Teología como los de los currículos habituales de esta ciencia. Es sabido que ya en la Edad Media muchas

universidades - ciertamente católicas de inspiración y estilo - no tenían Facultad de Teología, y es obvio que en nuestras circunstancias de relativa penuria de docentes calificados, no se puede siquiera soñar en que la oferta de cursos teológicos pueda ser en cantidad y variedad ni cercana de lo que sería deseable. Pero sería un atentado contra la sociedad humana el de privarla de la proclamación, difusión, defensa de la riqueza con que la Revelación cristiana corona una disposición básica del hombre.

El verdadero cultivo del hombre en la verdad es constitutivamente comunitario y es esta condición la que le exige a la sociedad que cuide y promueva la expresión libre de la adhesión a la verdad que sólo florece en comunidad y que representa un aporte vital para la familia humana. Ese es un gran título al reconocimiento social que puede mostrar una universidad católica.

En resumen, si bien no hay una ciencia católica, existe una actitud fundamental frente a la naturaleza, a la ciencia, al hombre mismo que es defendida y propuesta por la enseñanza católica, aun a conciencia de que lo hace a contra corriente, porque de su difusión depende el bien de toda la Humanidad.

#### IV.- GLOBALIZACION Y UNIVERSIDADES CATOLICAS

Pero ahora tengo que completar el cuadro. He hablado de la ciencia. Corresponde como ya lo adelantaba, decir algo sobre la sociedad en cuanto sus radicales cambios incidirán sobre la universidad en los años venideros.

Una manera - seguramente parcial, pero útil - de enfocar este asunto, es recurrir a la noción, hoy de moda, de "globalización". Ella significa, no sólo que en cualquier acontecimiento local se están registrando influencias de sucesos que son

casi simultáneos a él y que se generan en cualquier parte del globo, sino también – y esto es aun más importante – que todos los acontecimientos o procesos locales alcanzan de modo casi instantáneo una repercusión global o universal.

Esta situación está ligada al desarrollo de las comunicaciones, la informática y sus tecnologías de soporte y ella afecta directamente las condiciones de existencia de cualquier institución y por lo mismo a la universidad.

La universidad es el sitio donde se puede generar un ambiente que reciba y estimule a los que pueden contribuir con una propuesta cultural de origen local y que sea capaz de impacto global. La vida universitaria debe estimular y motivar a los individuos que se sienten llamados a esa acción colectiva. Las fronteras de la universidad deben retenerlos y defenderlos bajo el signo de que ***lo local es global***. En otras palabras, esos que son pocos y que están aquí segregados en una institución tienen una proyección universal que realizar. La globalización es para ellos una oportunidad de alcanzar desde cualquier sitio, por remoto que sea, una influencia universal.

Hace tiempo que sabemos que la investigación científica y el entrenamiento avanzado pueden producirse en medios muy distintos del universitario: entes industriales, institutos de salud pública, agencias de determinadas investigaciones, como los estudios espaciales o nucleares, abundan en el mundo entero, y especialmente en aquellos países de más alto desarrollo científico. Naturalmente que esto replantea el problema de la universidad como comunidad de investigadores, o por lo menos replantea la relación entre la universidad, sus miembros y el resto del mundo. ¿Le cabe a la universidad algún rol propio y específico, o es ella una más de tantas instituciones de saber avanzado? Curiosamente sigue siendo verdad que la universidad es distinta de todos los otros conjuntos consagrados al adelanto científico. De estos últimos, los hay que son manejados por ejércitos, los hay que florecen a la sombra de las industrias, los hay orientados a la salud humana, etc.etc. Todos ellos interactúan en busca de adelantos científicos que sean relevantes para

sus fines. Pero sólo en la universidad se espera que el fruto principal del trabajo científico sea el perfeccionamiento intelectual y moral de sus miembros.

Es por esta razón que la enseñanza universitaria que no puede dissociarse de las formas más elaboradas de investigación, no puede tampoco desprenderse de la enseñanza fundamental, de lo que ha sido hasta hoy la transmisión del conocimiento. También son enormes los cambios que se pueden prever para tal enseñanza. Ya hoy día y aun en nuestro propio país los cambios son visibles. Nuestros jóvenes se están informando diariamente en forma intensa y diversificada a través de una enorme variedad de medios de comunicación. Ya se puede prever el día en que cualquiera podrá informarse de modo independiente sobre cualquier problema científico técnico, y podrá darle forma a un conjunto de información personal hecho a la propia medida. El personaje que es hoy día el profesor va a ser en el futuro mucho más el que coopere a orientar una búsqueda por la espesa selva de información disponible, el que ayude a valorar los hallazgos y adelantos, el que sugiera los contactos más fecundos.

El rol de la institución universitaria se perfila entonces como el de acoger, albergar, defender, promover ese oficio en que el saber más refinado y especializado, el diálogo más vivo e informado vienen a servir al desarrollo pleno de la persona humana.

La fuerza que cohesiona a una comunidad universitaria - especialmente si ella es católica - no es el atractivo material, sino esa misión que ha recibido de enriquecer el mundo con el mensaje cristiano.

La universidad no tendrá vida ni sentido, especialmente la universidad católica no tendrá sentido, si ella no es capaz de proponer - precisamente gracias a la globalización - el desarrollo y floración de una concepción renovada del mundo. Lo que es clave para la universidad católica, incluso en un país pequeño, es que en este día de la globalización, su impacto puede llegar a ser universal, y en la medida en



que lo que la anima tiene un peso decisivo para el destino de la humanidad, procurar ese impacto es más que un deber, es su destino. Esto significa dos cosas importantes: la universidad debe ser fiel a su llamada a reinterpretar el mundo desde el punto de vista de las creaturas de Dios, y la universidad debe ser competente para hacer que su palabra pese en la red de las ciencias en el mundo.

## V.- CHILE Y LA UNIVERSIDAD CATOLICA

A fines del siglo XIX la difusión de la doctrina católica en los medios más cultos de nuestro país había entrado en crisis por la preponderancia adquirida en la enseñanza universitaria por las posturas positivistas y laicistas. Esto se había generado en paralelo a una desviación de líneas fundamentales del proyecto fundacional de la Universidad de Chile. En efecto, en el discurso de instalación de la Universidad de Chile, su Rector-fundador, Don Andrés Bello, había hablado así:

***“El fomento de las Ciencias Eclesiásticas, destinado a formar dignos ministros de culto y en último término a proveer a los pueblos de la República de competente educación religiosa y moral, es el primero de estos objetos y el de mayor trascendencia. Pero hay otro aspecto bajo el cual debemos mirar la consagración de la universidad a la causa de la moral y de la religión (.....) Importa generalizar entre la juventud estudiosa, entre toda la juventud que participa de la educación literaria y científica, conocimientos adecuados del dogma y de los anales de la fe cristiana. No creo necesario probar que esta debiera ser una parte integrante de la educación general indispensable para toda profesión, y aun para todo hombre que quiera ocupar en la sociedad un lugar superior al ínfimo”***

Ese fue el espíritu que presidió a la fundación de la Casa de Bello. En los años que siguieron sin embargo se fué afianzando la idea de que se podría generar una moral basada en la ciencia positiva y que no le debiera nada a la

filosofía ni a la teología. Era esta la esperanza que aun en medio de notorias incertidumbres, abrigaba Valentín Letelier, al decir despectivamente que

***“...mantener subordinada la moral a la teología....es como sostener que de Europa al Continente americano no se puede venir más que en las carabelas de Colón...”***

La creencia positivista de que el orden social podía ser base suficiente para una moral de la que se deseaba que fuera parecida a la cristiana, se ha visto tristemente desmentida por los hechos. La moral se liga indisolublemente a la concepción del hombre y de la naturaleza, y si estas últimas se arrancan a la perspectiva evangélica, entonces las instituciones educativas adoptan su propia dinámica que lleva a erigir ídolos de reemplazo como los que hemos visto, siniestros o insinuantes en el siglo que termina. Muy pronto se comprendió entre nosotros que una enseñanza basada en esa desviación adolecía de una falla fundamental, y que ya que las instituciones existentes no estaban dispuestas a darle a la sociedad el aporte indispensable de una enseñanza cristiana, alguien tenía que hacerlo.

Entonces ocurrió algo que mirado en la perspectiva de un siglo es muy notable. Hacia 1900, el testimonio público del pensamiento y de la formación cristianas parecía condenado a extinguirse. Ahora bien en buena parte a consecuencia de la creación de la Universidad Católica, y de la formación en ella de generaciones de profesionales, esta situación se revirtió.

A partir de 1930 se hizo realidad lo que a comienzos de siglo habría parecido imposible, que números crecientes de grupos políticos diversos invocaran la defensa de la doctrina social de la Iglesia, hasta que católicos

convencidos llegaron a ocupar las más altas magistraturas del país. Pero hubo más que eso. En las más variadas profesiones se hizo presente la formación cristiana de sus cultores, y se hizo evidente que la doctrina cristiana y la condición de católico no implicaban ninguna insuficiencia frente a las exigencias teóricas o prácticas del ejercicio de la ciencia o de la técnica. Se produjo un notable viraje cultural, lento pero sostenido, hasta tal punto de que sin la presencia de la Universidad Católica no se entiende la historia del Chile del siglo XX.

Hoy parece de nuevo que se descubrieran maneras de construir un mundo como si Dios no existiera, ***“Etsi Deus non daretur”***, en la expresión ya tan vieja que fue acuñada en el siglo XVII por el racionalismo jurídico. Es inevitable que estas posturas llevadas al extremo rematen en erigir valores sociales que pretenden mayor peso que los de la Revelación Cristiana y signifiquen una nueva forma de idolatría.

La propuesta cristiana tiene necesariamente que ser aportada por comunidades de estudio y enseñanza. La acción educativa trasciende al individuo. Ello ocurrió desde la Antigüedad como lo atestiguan las grandes escuelas filosóficas o médicas de Pitágoras a Hipócrates. Tal fué también siglos más tarde la intuición de San Basilio de Capadocia al buscar en la convivencia, el estímulo recíproco y la corrección fraterna las líneas directrices del monacato cenobítico que halló su expresión más integral en la Regla de San Benito. Ese fue el espíritu que animó a las escuelas conventuales y catedralicias, que durante las Edades Oscuras y la Alta Edad Media conservaron y afinaron una herencia intelectual a la que la Iglesia atribuía grandísimo valor. Ese fue en fin el sentido de que en la época de las corporaciones surgiera esta entidad tan especial que es la universidad. Y es por eso que la institución universitaria es tan importante para que la propuesta cristiana alcance presencia social. Y en un país de profunda raíz cristiana, la sociedad está llamada – si quiere permanecer fiel a su destino – a fortalecer y desarrollar sus universidades católicas.